

Juez e historiador La “memoria dividida” de los italianos y la responsabilidad del historiador

PAOLO PEZZINO

La caída del régimen comunista y los cambios en el cuadro político en Italia han evidenciado la presencia de memoria dividida y fragmentada en las comunidades locales respecto a la reelaboración del pasado reciente, sobre todo de los años de la guerra civil entre fascistas y antifascistas, que acompañó a la guerra de liberación de los alemanes. ¿Cuál es la responsabilidad de los historiadores en esta nueva fase, una vez entrados en crisis los mecanismos tradicionales de pertenencia ideológica y política?

PAOLO PEZZINO vive y trabaja en Pisa, donde enseña Historia Contemporánea en la Facultad de Letras y Filosofía. Se ocupa de la historia del *Mezzogiorno* de Italia, particularmente referida a la mafia, la masacre de civiles en la segunda guerra mundial y a la didáctica de la historia.

Entre sus obras más recientes: *Mafia: industria della violenza*, Firenze, La Nuova Italia, 1995; *Anatomia di un massacro. Controversia sopra una strage tedesca*, Bologna, Il Mulino, 1997 y, en colaboración con Michele Battini, *Guerra ai civili. Occupazione tedesca e politica del massacro. Toscana 1944*, Venezia, Marsilio, 1997; *Mafie*. Firenze, Giunti, 1999. Se ha encargado por cuenta de la Comuna de Palermo de la Mediateca Regional Toscana del CD Rom *La mafia. 150 anni di storia e storie* (Torino, Cliomedia Officina, 1998).

Mucho se discute hoy en día en Italia sobre los deberes y las responsabilidades del historiador en la nueva etapa que se abrió con la caída de los regímenes comunistas: el cambio del cuadro político, la crisis de las grandes formaciones ideológicas, el declive, ya desde los años 80, del paradigma antifascista, han puesto nuevamente en discusión los tradicionales mecanismos de pertenencia de los historiadores.

Las consideraciones que desarrollaré en mi estudio surgen de una experiencia personal de investigación sobre una matanza de civiles cometida el 29 de junio de 1944 por las tropas alemanas, en Guardistallo, en la provincia de Pisa. La investigación me había sido encargada por el Ayuntamiento de Guardistallo, en septiembre de 1993, en vísperas del 50º aniversario de la matanza y salió a la luz en junio de 1997.¹ Se trató de un ejemplo de “práctica social”, puesto que la relación con las personas que me encargaron el estudio, como veremos, se configuró en el marco de una serie de demandas relacionadas con la vida actual de la comunidad que se dirigían a mí justamente por el hecho de ser historiador.

Esta experiencia me llevó a reflexionar sobre “el uso público de la historia”, (la expresión fue inventada por Habermas y aparece a lo largo de la “Historikerstreit” que ha dividido a los historiadores alemanes sobre la evaluación de la Shoá) y sobre sus consecuencias en relación con la responsabilidad del historiador y con su código deontológico. Son reflexiones que, naturalmente, nacen de un caso concreto y del particular contexto italiano, pero creo que tienen un interés más general y se prestan a ser verificadas y discutidas con estudiosos de otros países y de otras disciplinas humanas.

El descubrimiento de “las memorias divididas” de los italianos

Sólo últimamente los historiadores italianos están descubriendo la complejidad de la memoria sobre el periodo de la Segunda Guerra Mundial. Emergen enteras y consistentes series de historias que no tienen nada que ver con la representación de la

Resistencia, que durante casi treinta años ha sustentado la memoria “oficial” de nuestra República.

Fue, de hecho, a partir de los años 60 cuando se empezó a privilegiar el carácter nacional y popular de la Resistencia, representándola como la insurrección de un pueblo entero para liberar al país del invasor alemán y de sus pocos aliados fascistas, dejando en la sombra la complejidad de los comportamientos y de las dinámicas que integran las vivencias de los italianos en aquellos años.

Por otra parte, sobre la memoria de la Resistencia se han sostenido siempre batallas acerca de la comunidad nacional en su conjunto y creo que puede afirmarse que la interpretación histórica a menudo, si no ha estado completamente subordinada, al menos ha servido conscientemente a la lucha política. La Resistencia representa así un clásico ejemplo de “uso público de la historia”, en el que el discurso historiográfico está dirigido a otros órdenes del discurso (el político-institucional o el ideológico partidista) y no a la definición analítica del objeto estudiado.

El tema de la unidad de la Resistencia, impuesto como representación dominante del llamado “deshielo constitucional” (un periodo de la historia política italiana que comienza a finales de los años 50), ha sustentado el paradigma antifascista que representó uno de los principales instrumentos utilizados por las fuerzas políticas para individualizar un fundamento común con la “nueva” identidad nacional. Sin embargo, a partir del decaimiento de las funciones históricas de aquel paradigma (años 70), la unidad resistencial se transformó en la celebración de una Resistencia cristalizada, carente de toda connotación problemática y de las múltiples elecciones dramáticas que se plantearon en aquellos años de guerra civil. El carácter de gran movimiento nacional fue el único que se subrayó obsesivamente en las ceremonias públicas y en el discurso político. La dimensión unitaria de la Resistencia y de su finalidad como fenómeno histórico era más supuesto y afirmado que deducido de exhaustivos análisis historiográficos.

Han sido necesarios treinta años para que al final y sobre todo por mérito del trabajo de Claudio Pavone, le fuera restituida a la Resistencia su complejidad: la afirmación de las "tres guerras" en ella co-presentes e interrelacionadas – la de liberación nacional, la de clase y la civil- aunque ha sido discutida en el plano historiográfico, ha liberado en cierta manera la memoria de aquellos años, reconociendo, "desde la izquierda", la necesidad de dar espacio a las historias y a las motivaciones de los perdedores, es decir, de aquellos que eligieron combatir en el bando de los fascistas o de los alemanes y, sobre todo, ha permitido indagar sobre las múltiples y a veces divergentes memorias de aquel período.² El mero hecho de que en el título del libro de Pavone se haga referencia a una moralidad en la Resistencia y no de la Resistencia indica el abandono de un acercamiento interpretativo unilateral y el reconocimiento de que no todas las historias ni todas las memorias son convergentes ni hallan espacio en aquella narración historiográfica hegemónica que, de la Resistencia, ha subrayado exclusivamente su carácter de epopeya popular y de momento fundacional de la "nueva" identidad nacional.

Pienso, por ejemplo, en los muchos comportamientos que conforman el área de la espera política, del oportunismo, del familiarismo, del egoísmo (ya sea individual, de grupos o de clase), en suma, aquélla que hoy, retomando (y forzando su significado original) una expresión de Primo Levi, es definida como "la zona gris".³ Pienso en una "vivencia colectiva", de los italianos, segmentada en áreas a menudo no comunicantes entre ellas: no sólo la de las pertenencias opuestas (al campo fascista y al antifascista) sino por ejemplo, la regional (el Sur no ha vivido prácticamente la experiencia de la ocupación alemana), la social (se agudizó en aquellos años el contraste ciudad-campo), la de clases y muchas otras. En resumidas cuentas, hoy en día los historiadores se están preguntando si es realmente posible individualizar una dimensión unificadora de la experiencia de los italianos en aquellos años: la amplia gama de "vivencias" (a nivel tanto geográfico como social) hace que sea difícil, a mi entender, relacionarlas con un común patrimonio de valores compartidos, lo

único capaz de transformarlas en fundamento de una nueva identidad nacional.

Entre las distintas memorias de aquel período, y que tan sólo ahora afloran, existe una muy peculiar: es en muchos casos irreductible a la oficial de la epopeya resistencial, pero no proviene de los fascistas sino de los parientes de las víctimas civiles de las masacres perpetradas por las tropas alemanas durante los largos periodos de ocupación. Cuando estas matanzas se estudian de cerca y no tan sólo como ejemplos de la "barbarie" alemana, hay que constatar que con frecuencia, para la memoria de los sobrevivientes, se considera responsables de la masacre no sólo a los alemanes, es decir los autores materiales de las represalias, sino también a los partisanos, es decir aquéllos que con su acción y a menudo, con su mera presencia, desencadenaron el potencial de violencia de los primeros.

A una memoria oficial, para la cual todas las víctimas son "mártires" de la Resistencia, se contraponen una memoria comunitaria (la de las comunidades arrasadas por las masacres de los alemanes, a menudo pequeños pueblos rurales) frecuentemente construida sobre la oposición partisanos-poblaciones. La memoria de estas víctimas no se registra en el ritual público de la conmemoración de los "caídos en la contienda" tributo ofrecido a la nueva Italia, pero sí representa, como ha definido Remo Bodei, con una acertada expresión, refiriéndose a Europa y a su supuesta caracterización de "patria de la memoria", un apropiado ejemplo de "memoria dividida".⁴

Dramáticamente, las matanzas dejaron al descubierto las varias fracturas que en aquellos años atravesaba la sociedad italiana: entre partisanos y población, entre la comprensible esperanza de que la guerra pasara rápidamente y sin daños y los impulsos a actuar, a veces generosos, otras políticamente interesantes, entre invitaciones a saldar las cuentas con el fascismo y llamamientos a la pacificación, entre distintas concepciones sobre la resistencia y la oposición a los alemanes, de lo que era lícito o simplemente oportuno hacer en aquellas difíciles situaciones. Muchos italianos querían tan sólo "la paz", incluso en contra de "la justicia y la libertad", en una separación de

valores que sí aparecen juntos en las conmemoraciones oficiales.

Deberíamos quizá resignarnos y reconocer que al igual que no existió una experiencia de guerra común a la mayor parte de los italianos, tampoco existió, más allá de las conmemoraciones oficiales de la Resistencia erigida como mito fundador de la República, una memoria compartida de aquellos años: una ética encarnada en la Resistencia, admitiendo que alguna vez haya existido, no se transformó en conciencia difundida de un pueblo. A cincuenta años de lo sucedido, la memoria que los italianos conservan de aquel periodo aparece, por el contrario, más segmentada que nunca.

En Italia, la debilidad de la Resistencia no violenta, según la acepción que recientemente ha dado al término Jacques Sémelin dirigida, no tanto en contra de las fuerzas de ocupación, (“puesto que no poseía los medios para echarlas del territorio”), sino más bien volcada en “preservar la identidad colectiva de las sociedades agredidas, es decir, sus valores fundamentales”⁵ nos proporciona un criterio interpretativo también de “las memorias divididas” y segmentadas: de hecho en la Resistencia Italiana no se trataba de “preservar” una identidad nacional oprimida por un ocupante extranjero. Después de la disolución del Estado (todavía fascista incluso sin Mussolini) tras el anuncio del armisticio el 8 de septiembre de 1943 (fecha convencional del comienzo de la resistencia contra la ocupación alemana), bien poco del pasado merecía la pena conservar y defender y muchas cosas nuevas que pretendían construirse no se referían al ámbito de la identidad nacional, sino más bien a los partidos que buscaban crearse las condiciones necesarias para ejercer en un futuro una efectiva hegemonía. Por eso la elección de la Resistencia civil, en Italia, fue menos practicada que en cualquier otro lugar y la ética de los partisanos, enfocada a una dimensión más partidista que nacional, no logró imponerse en aquellos años como fundamento de una memoria compartida. En resumen, todavía hoy la resistencia, a pesar de haber contribuido, en mi opinión de manera decisiva, al renacimiento democrático italiano, no

representa sin embargo un mito fundador de una nueva identidad nacional, sino más bien un signo de división entre los italianos.

Desde este punto de vista, la memoria antipartisanas de los parientes de las víctimas de las matanzas perpetradas por los alemanes, a menudo junto a los fascistas, es bastante embarazosa para los defensores de la retórica antifascista: de hecho no puede ser asimilada ni diluida en la memoria fascista. En muchos casos, la visión que de la lucha partisanas nos devuelven las víctimas de las matanzas alemanas y fascistas, se asemeja más a la procedente de los carniceros o de los adversarios de la Resistencia que a la de aquéllos que entonces consideraban, y todavía hoy justamente lo pretenden, haber luchado en el lado justo. Y, así, dada la dificultad de tomar una posición y de dar sentido a semejante fractura, esa memoria ha sido dejada de lado durante mucho tiempo, enterrada por una batalla política e ideológica contra los adversarios de la Resistencia que no se preocuparon por distinguir entre las distintas posiciones, ya fueran hostiles o simplemente extrañas al antifascismo, de quien en ella no se reconocía y descartó la posibilidad de escuchar y valorar sus razones.

En resumen, precisamente porque “dividida”, ésta ha sido también hasta ahora una memoria negada y mucho le costó el hacerse escuchar ante la clase política: si la Resistencia, junto con el antifascismo, representó el mito fundador de la República, de ella han sido expulsados, en las celebraciones oficiales y en las conmemoraciones, los momentos oscuros que revelaban hechos contradictorios y contrastantes que el paradigma antifascista oficial no quería o aún no podía admitir. Pero esto no debe escandalizarnos demasiado: “las políticas de la memoria”, elaboradas por las clases dirigentes nacionales, dedicada a construir identidades nacionales, siempre ha llevado a cabo una selección de los hechos históricos, y ha retenido sólo aquéllos que le servían a sus propios fines.

Distinta debería haber sido la finalidad (y por lo tanto también la responsabilidad) del historiador, que se relaciona con la memoria

para tomarla sobre todo como objeto de estudio y no con finalidades prácticas, aunque éstas sean de elevado perfil ético-político. Por lo tanto el haber hecho oídos sordos a las voces que contaban memorias y vivencias no convencionales ha significado una grave desviación de la ética profesional del historiador. Por este motivo, en el debate recientemente reabierto sobre la Resistencia y todavía bastante condicionado por la lucha política, se debe partir de la constatación de que existe una "verdad" distinta y a veces opuesta a la de los combatientes por la liberación y que no debe definirse necesariamente fascista - al contrario, a menudo se opone también a la de los fascistas- y que merece hoy en día, a distancia de cincuenta años de lo sucedido ser escuchada y tomada en consideración, no sólo por el respeto debido a los que la manifiestan, sino también porque el deber del historiador no puede ser más que el de restituir la complejidad de las relaciones que en aquellos meses de guerra y de guerra civil, unieron o enfrentaron a los partisanos y a la población, a los fascistas y a la población, a los alemanes y a la población.

Los historiadores, ¿responsables de la "transmisión" de las memorias?

Se da por descontado que una sociedad no puede existir sin una memoria de todo lo sucedido en el pasado: en realidad, el ejercicio de la memoria (cómo y qué recordar) se relaciona estrechamente con el del olvido como lo resaltaba Nietzsche en un escrito sobre el cual hoy muchos han vuelto a reflexionar: "es absolutamente imposible vivir sin olvido [...] [el equilibrio] depende [...] tanto del hecho de saber olvidar en el momento oportuno como de recordar en el momento oportuno; del hecho de discernir instintivamente cuándo es necesario sentir de un modo histórico y cuándo de un modo no histórico. [...]. Lo que no es histórico y lo que sí lo es, es igualmente necesario para la salud del individuo, de un pueblo, de una civilización".⁶ La selección de los elementos que deben conservarse sirve para transmitir de una generación a otra un pasado "dotado de significado" y en tal medida sustenta "aquel conjunto de ritos y de valores" que para

un pueblo constituyen el sentido de su propia identidad y de su propio destino. Serán objeto de transmisión sólo los momentos obtenidos del pasado considerados como educativos y ejemplares para la **hallakhah** de un pueblo, tal y como es vivida en ese momento; el resto de la "historia" se deja, casi literalmente, al borde del camino"⁷, (la **hallakhah** es la palabra hebrea que indica el sendero por el que se camina, la vía).

El historiador, como figura profesional, nace estrechamente ligado "a su propio grupo y a su memoria". Las historiografías nacionales se perfilan justo en el proceso de construcción de la nación, como fuente legitimadora de los Estados Nacionales y, es así como a lo largo del siglo XIX, la historia se transforma en disciplina profesionalizada, enseñada en las Universidades y en las escuelas. Es el momento crucial de la fundación histórica (e historicista) de las naciones que impone la enseñanza de la historia, de una historia nacional que ha derivado en una historia "patria" dentro de sistemas educativos de los que ahora se ocupan los Estados como uno de sus deberes esenciales.

A lo largo del siglo XX, las ideologías frecuentemente han sustituido a la Nación transformando a los historiadores en inventores de las tradiciones. Pero, con la crisis de estas últimas, se ha empezado a cuestionar nuevamente el rol del historiador. El nexo que debe plantearse es el de la relación entre historia, entendida como disciplina, es decir, como método crítico aplicable a un conjunto de fuentes, definidas por el argumento tratado, con una estructura narrativa que depende de normas y convenciones generalmente aceptadas por los historiadores y, memoria como conjunto de llamadas al pasado que crean cohesión en un grupo y, por lo tanto, identidad.

El historiador estudioso de la memoria tiene hoy el deber de esclarecer, no sólomente la memoria hegemónica (la que sustenta la versión de los hechos comúnmente aceptada, o sea la narración histórica prevalente), sino la verdadera y real batalla por la memoria (o sobre la memoria) en la que se decide, se perfila y se legitima la identidad, sobre todo la colectiva.⁸ Se trata de partir del conocimiento de la pluralidad de las identidades, sin sentirse

obligados a privilegiar una de ellas en detrimento de las demás. En la lucha por la memoria que se combatió y que se combate cada día, el historiador deberá tomar parte únicamente para sacar a la luz las memorias que, al resultar perdedoras, han sido borradas; aplicándolo a nuestro caso, la memoria antipartisanas, los argumentos y los sufrimientos de los allegados y de los supervivientes de las matanzas que quedaron a menudo sin un intérprete.

El historiador y la búsqueda de la “verdad”

Una memoria, aunque sea negada, sigue sobreviviendo al menos mientras vivan los que son titulares o depositarios de la misma; pugna por resurgir y algunas veces lo logra. Fue así que, en vísperas del 50º aniversario de la masacre de Guardistello, el alcalde y un grupo de ciudadanos representantes de los distintos sentires del pueblo se dirigieron a mí para poner fin al malestar que dividía al pueblo y esclarecer de una vez para siempre, a quién atribuir la culpa de los cincuenta civiles asesinados a consecuencia de un enfrentamiento entre las tropas alemanas en retirada y la patrulla partisana del lugar. Que el historiador determine entonces, después de una profunda investigación, quién disparó primero: durante el primer encuentro con el alcalde y la comisión de ciudadanos me invitaron a no callar nada y a reconstruir honestamente cómo “sucedieron verdaderamente las cosas”, sin preocuparme por cuál de las dos partes resultaría vencedora en este conflicto que los había enfrentado y que aún dividía al pueblo.

Con este inusual (y un poco paradójico, en tiempos de deconstruccionismo y relativismos culturales) recurso a la “profesionalidad” del historiador como “experto de la verdad” por parte de una comunidad, comenzó una investigación que duró tres años y que significó, para quien estuvo en el lugar de aquel experto, no sólo una significativa puesta a prueba de los principios de responsabilidad, tema que los historiadores desde hace algún tiempo vuelven a considerar para su análisis y discusión, sino también un extraordinario desafío en “la búsqueda de la verdad”. Los ciudadanos de Guardistallo

manifestaron creer que “solamente el historiador con su rigurosa pasión por los hechos, por las pruebas y los testimonios que son determinantes para su labor, puede realmente montar la guardia contra los agentes del olvido, contra aquellos que destruyen los documentos, contra los asesinos de la memoria, contra los revisores de las enciclopedias, contra los conspiradores del silencio”.⁹

Es posible preguntarse si es un deber del historiador el hacer justicia, esto es, instruir un verdadero y propio proceso, sopesar las responsabilidades de cada actor que aparece en el escenario de un suceso (en mi caso de la matanza alemana de Guardistallo) y emitir una sentencia. La cuestión tiene múltiples matices: por un lado, es indudable que el trabajo de los jueces y el de los historiadores se asemeja en muchos puntos. Carlos Ginzburg escribe que ambos buscan “la verificación de los hechos, y por lo tanto, de la prueba “y agrega que los historiadores pueden suplir las lagunas documentales recurriendo al “contexto entendido como lugar de posibilidades históricamente determinadas”; de ahí deriva “un juicio de compatibilidad histórica [...] conjeturas, no hechos confirmados. Quien llegase a conclusiones distintas, negaría la dimensión aleatoria e imprevisible que constituye una parte importante, aunque no exclusiva, de la vida del individuo”.¹⁰

“También yo tuve que llevar a cabo una investigación en cuyo curso, “verdadero” y “verosímil”, “pruebas” y “posibilidades”, se entrelazaban, si bien quedaban rigurosamente diferenciadas”.¹¹ El historiador no puede aspirar a lo “verdadero”, a lo sumo se puede acercar, a sabiendas de “su propia incapacidad de reconstruir un mundo desaparecido en su totalidad, por más exhaustiva y reveladora que pueda ser la documentación que posea. Obviamente él trata de arreglárselas de otra manera: formula problemas, proporciona explicaciones sobre causas y efectos, pero la certeza de la respuesta queda condicionada de todas formas por la irremediable lejanía del objeto”.¹²

Son consideraciones obvias para cualquier historiador (el azar, que a menudo significa el estado de las fuentes disponibles,

decide con frecuencia lo que se puede reconstruir), como también obvia debería ser la certeza que "distintas versiones de los hechos puján por imponerse, tanto a los contemporáneos como a los venideros".¹³ Pero ¿por qué no tomar precisamente las versiones que se contraponen (en mi caso las memorias divididas) como punto de partida de un trabajo de reconstrucción histórica? ¿Y por qué negar que sobre estas versiones el historiador pueda ejercer una labor crítica que tiene algo en común con la búsqueda de la "verdad", aunque sea entendida solamente como reconstrucción y afirmación de una concatenación de eventos plausibles, o mejor dicho, *más* plausibles que otros?

Está claro que tuve que realizar la investigación por interpósita persona, la de los suboficiales estadounidenses e ingleses que indagaron sobre la matanza de Guardistallo a fines de 1944. Sin embargo, en este último caso, no sólo pude contar con documentos de archivos pertenecientes a la misma "familia" que los judiciales, sino que además me encontré, precisamente como un juez, interrogando testigos oculares de los acontecimientos, cada uno portador de su propia versión, ya cristalizada, de los eventos. Y, finalmente, el resultado de mi investigación aporta (por lo menos ésta es mi opinión) elementos nuevos para una detallada reconstrucción del hecho: en la medida que, del encuentro de las narraciones contrapuestas de lo acaecido, logré separar lo que pertenece al campo de las "pruebas" y lo que pertenece al campo de los "indicios".

Además, en esta ocasión, se trataba no sólo de escribir historia sino también, como subrayó Charles Maier en relación a la matanza de civiles durante la Segunda Guerra Mundial, de hacer justicia: se me llamaba para "narrar" los eventos según una trama, no sólo verosímil, sino que se pretendía que fuese absolutamente verdadera, y de mí se esperaba una sentencia sobre las razones de los parientes de las víctimas y de los partisanos, obligados durante todos aquellos años a defenderse de acusaciones infames. Y, en la medida que mi investigación hubiese estado en condiciones de elaborar un juicio sobre la responsabilidad de

los alemanes, autores de la matanza y, en teoría aún pasibles de ser perseguidos en el plano penal, esta operación podría contribuir también a "hacer justicia".

En suma, en este caso hacer justicia significaba no solamente, como sostiene Yerushalmn, oponerse al olvido, sino también atribuir responsabilidades, aunque sólo fuera en el plano ético, y en este caso me reconfortó la convicción de Todorov cuando afirma que "la existencia humana está impregnada de valores en todas sus partes, y por consiguiente, el querer expulsar de las ciencias humanas todo vínculo con los valores es una tarea deshumana."¹⁴

Lo cierto es que el historiador que se apresta a recuperar para la historia, también la memoria "dividida" o simplemente "separada" de los familiares de las víctimas de enfrentamientos, se mueve sobre una cornisa muy delicada: por un lado debe respetar las distintas memorias, incluso aquéllas que no han hallado lugar en las narraciones históricas hegemónicas y, por el otro, no puede renunciar a ejercer sobre éstas un juicio crítico que, como ya dije, inevitablemente lleva a formular un juicio de valor sobre la relación, tan importante para Todorov, entre ética de la convicción y ética de la responsabilidad, sobre la consideración del espacio dejado a la elección individual en una estructura militar, por añadidura de un Estado totalitario; sobre la posibilidad de transformación de la responsabilidad moral en responsabilidad penal (este último tema, el de los procesos por crímenes contra la humanidad, ha vuelto recientemente a la actualidad en Italia a causa del caso Priebke). Cada vez con mayor frecuencia se lee, en las páginas de los historiadores que se ocupan de estos temas, un llamamiento a la "verdad", en la "búsqueda de nuevos e indispensables puntos de equilibrio entre la memoria, la historia y la conciencia civil. [...]. La distinción entre el juez y el historiador, que nunca debe olvidarse, no debe transformarse de todas formas en una excusa ni para uno ni para otro; para ambos rige el imperativo ético de la búsqueda de la verdad con los medios y con los objetivos que a cada uno le son propios".¹⁵

Personalmente, consideré que no podía eludir la exigencia de verdad de los que me habían encomendado este trabajo. La exigencia fundamental, base de la polémica, se resumía en una pregunta: ¿la culpa de estas represalias debía hacerse recaer sobre los alemanes que las ejecutaron o sobre los partisanos que con sus acciones las provocaron? La pregunta, considerada no viable por la retórica antifascista, con su aparente simplicidad presupone una serie de grandes cuestiones que revisten la posibilidad misma de una “resistencia” contra el despotismo y la tiranía; pero implica de cualquier forma una atribución de responsabilidad por parte del historiador.

En pocas palabras, reconstruir y contar “cómo realmente sucedieron las cosas” es, en estos casos, no solamente un ejercicio historiográfico sino también una operación de justicia: y si el historiador es la persona que lleva a cabo una investigación, aunque de manera mediata, me pareció coherente considerar que la de Guardistallo debía, en lo posible, localizar e indicar la responsabilidad, las flaquezas morales, las imprudencias de todos los actores. En suma, no eludir (a lo mejor con la justificada, aunque en este caso demasiado cómoda, referencia al “contexto” de esos años) la exigencia de aquéllos que querían saber “de quién era la culpa”. Consciente de que la “culpa” es siempre *en primera instancia* del que lleva a cabo la masacre, se trata de reconocer que, de todas formas y en una dimensión de responsabilidad, la eventualidad de la represalia no se puede excluir del conjunto de las consideraciones que los partisanos debían desarrollar antes de cada acción; dando por descontado que la consideración pudiese ser resuelta de una vez para siempre con la opción por la guerra partisana contra lo que se definía como “la espera política.” En resumen, mi investigación debía prever la eventualidad de un encausamiento o bien de una absolución de los extremos de la acusación presentados por los que me encargaron el trabajo, en contra de algunos de los protagonistas de ese episodio. Como desde el comienzo pensé que mi deber era poner en juicio y colocar en el banquillo de los imputados a otros protagonistas que permanecían en las tinieblas, o sea los soldados alemanes, el encausamiento judicial no hubiese

sido una simple metáfora, si las eventuales responsabilidades penales de los alemanes hubiesen involucrado a personas aún vivas (siempre y cuando, naturalmente, yo hubiese logrado individualizarlas).

El principio de responsabilidad

Razonar sobre la responsabilidad tiene que ver con la ética: significa determinar las responsabilidades de los demás en nombre del principio de la verdad (o sea, de una reconstrucción plausible de los hechos) y de los “valores”. El llamamiento a la moral es frecuente, en efecto, entre los juristas que trabajan y reflexionan sobre los derechos humanos.

Para los autores de una masacre, se trata de establecer de qué anillo de la cadena jerárquica se debe hacer partir la presunción de la responsabilidad y, hasta dónde prolongarla: ¿hasta el soldado que obedecía sí a las órdenes de su oficial pero que, como es evidente en muchos de los testimonios de las matanzas realizados por testigos oculares a los oficiales británicos que indagaban sobre las mismas después de finalizar la guerra, demostraba a menudo, al ejecutar estas órdenes, una indiferencia o una crueldad que no permiten considerarlo ajeno a la culpa? ¿Hasta los oficiales subordinados imputables de interpretar con un exceso de celo las órdenes de carácter general? ¿Hasta los comandantes de las divisiones o los de los cuerpos de la armada, o el comandante supremo de la Wehrmacht? ¿O hasta Hitler y su restringido entorno? Es precisamente al individualizar los criterios de “derechos” que a menudo se han perdido, por lo menos a nivel penal, las responsabilidades subjetivas, y se ha reflejado, quizás involuntariamente, la imagen de una máquina totalitaria dotada de su propia y autónoma fuerza de constricción, independiente de la voluntad de los individuos, y donde los únicos responsables se encontraban en la figura de Hitler y sus pocos e íntimos colaboradores.

Sin embargo, si el juicio ante los tribunales se ha empañado muy a menudo con estas dificultades, ¿el juicio histórico puede hallar con mayor facilidad puntos de referencia?

Y, si por supuesto no era factible procesar a un ejército entero, ¿es admisible en el plano ético una condena plena que reúna a todos aquellos implicados en las acciones de represalias? El problema lo han afrontado tanto Browning como Todorov, para los cuales se puede dar un juicio moral siempre en presencia de una elección. Todorov escribe que "los seres humanos no obedecen a sus leyes con la misma regularidad que el resto de los seres: también pueden decidir infringirlas justamente porque han tomado conciencia [...]". En otros términos, el ser humano, a pesar de estar sometido a infinitos determinismos - históricos, geográficos, sociales, psíquicos - se caracteriza por la propia libertad inalienable".¹⁶ Pero es precisamente éste el punto: ¿podemos, quizás, sostener que existe siempre una alternativa para el individuo en relación a las órdenes de acciones moralmente repugnantes? La tuvieron, sin lugar a dudas, los hombres del batallón 101 estudiado por Browning, a los cuales el comandante les ofreció la posibilidad de no participar en la primera masacre de hebreos ordenada a aquel destacamento (y solamente doce de quinientos aceptaron la propuesta), pero me parece un caso más bien excepcional; la tuvo el alemán "bueno" (cuya existencia es, por otro lado, dudosa) que en Civitella de la Chiana (lugar donde se consumó una feroz masacre de civiles a manos de soldados alemanes de la división "Hermann Göring") eligió morir antes que disparar sobre los civiles. ¿Pero es una elección que se puede verdaderamente proponer la que implica la muerte como consecuencia?. Indudablemente el alemán que a Guardistallo lloraba en un rincón del establo donde vigilaba a los cautivos, manifiesta una alteridad, aunque sólo sea a nivel moral, en relación a los compañeros que se dedicaban al rastreo y fusilamiento de campesinos desarmados: ¿pero el llanto significa de todos modos una "elección" alternativa?

Browning sostiene, en cambio, en la conclusión de su libro, que siempre hay una elección: "la historia de estos hombres comunes no es la historia de todos los hombres: los reservistas tuvieron que afrontar elecciones y gran parte de ellos cometieron crímenes horribles. Pero los que mataron no pueden ser

absueltos con el pretexto de que cualquiera en la misma situación hubiese actuado de igual manera. [...] La responsabilidad humana es, en último análisis, una cuestión individual".¹⁷

Es una conclusión que deja abiertos varios interrogantes puesto que se pueden contraponer dos líneas de razonamiento: una según la cual, en último análisis, cada acción humana debe referirse a motivaciones éticas y, de este modo la ética, como medida y evaluación de los comportamientos humanos, entra plenamente en la consideración del historiador y, otra muy utilizada en el análisis económico (pero no sólo), de la llamada "racionalidad del procedimiento", según la cual cada acción es la consecuencia de una selección de los fines posibles de acuerdo con los medios disponibles para lograrlos. Si nos inclinamos por aceptar la segunda, debemos preguntarnos ¿cuál, en las condiciones dadas, habría sido la elección más racional para un soldado alemán, disparar o desobedecer?

Son preguntas a las que no es fácil encontrar una respuesta: incluso para sus víctimas, "a los militares de todo tipo y grado que operan en el ámbito del monopolio de la violencia legal ejercida por el Estado"¹⁸, les está garantizada una fuerte legitimidad que a menudo incluye la impunidad según el principio que quien obedece a las órdenes carece siempre y de todas maneras de responsabilidad. Es éste el sentimiento colectivo (a las órdenes se obedece) sobre el cual todo ejército basa la propia capacidad de ser una máquina de destrucción, sin tener que afrontar los angustiosos problemas de conciencia que la guerra en general y, en particular las acciones de represalia contra los civiles, nos imponen.

Es cierto que, una vez deducida de la lógica de la obediencia la tesis de la irresponsabilidad moral antes que penal de un soldado por cualquier acción que le sea ordenada, el resultado sería que ningún militar podrá ser procesado nunca por actos cumplidos vistiendo uniforme, puesto que todo superior es a su vez dependiente de un ser jerárquicamente superior. Se puede hacer recaer cualquier acción de represalia directamente sobre el jefe supremo de las fuerzas armadas o

en el caso de un régimen totalitario sobre el dictador al que se subordinan las fuerzas armadas; desaparecido éste, cosa que normalmente ya ha sucedido cuando se celebran los procesos donde se ponen en discusión lo lícito de aquellas órdenes, todos deberán ser considerados “no responsables”.

Por otro lado, el principio de la “responsabilidad” es de difícil institución, tanto que un reciente número de “Esprit” sobre el tema lleva el significativo título “Los equívocos de la responsabilidad, cómo éstos conducen con frecuencia a fenómenos de búsqueda de chivos expiatorios”.¹⁹ A menudo la idea de la responsabilidad “atribuye a la voluntad las circunstancias; de esta manera sustituye al individuo como él mismo creía ser, una figura o un fantasma en el que él no se reconoce pero en el que tiene que reconocerse, porque es lo que él ha representado ante los ojos de sus víctimas y porque hoy sus víctimas tienen razón”.²⁰ En la película “Rojo” del director polaco Kieslowski, el protagonista, un juez retirado, al recordar los imputados que había procesado y condenado, confiesa que “en su lugar [...], en la misma vida, en aquellas circunstancias, habría robado, habría matado, habría mentado”, es decir, se habría comportado exactamente como ellos: “he condenado, - concluía - porque no me encontraba en su pellejo sino en el mío”.

Sin embargo en el tema de la responsabilidad no se pueden librar tampoco los partisanos en nombre de la afirmada finalidad ética de la propia lucha. Las polémicas que a menudo en Italia han acosado sus acciones, cuando éstas eran, directa o indirectamente, causa de una represalia alemana, pueden ser leídas a la luz del contraste entre la ética partisana de la convicción y la lucha por la supervivencia de la población civil. Se trata de un contraste objetivo pero que además implica una atenta consideración de los fines y de los comportamientos de los partisanos, portadores de un proyecto público, esto es, dirigido a toda la comunidad.

En un reciente libro, Todorov reconstruye un episodio ocurrido en el verano de 1944 en una pequeña ciudad de la Francia central. Un grupo de partisanos interpretó

erróneamente las órdenes recibidas y ocupó Saint-Amand el día del desembarco aliado en Normandía; la intención era liberar con antelación la ciudad, legitimarse de este modo como fuerza de liberación nacional y redimir la dignidad de los franceses: “animados por las mejores intenciones, los dirigentes de la resistencia toman por tanto la decisión del 31 de mayo” que, sin embargo, se revelará cargada de trágicas consecuencias. La acción era, en efecto, prematura ya que la zona sería liberada sólo a mitad de agosto. Los partisanos se vieron obligados a abandonar la ciudad y a echarse al monte, después de haber tomado como rehenes a un grupo de milicianos. La respuesta de la milicia no se hizo esperar: con la ayuda de los alemanes, la ciudad fue ocupada y diecinueve personas fueron ejecutadas, partisanos sorprendidos empuñando armas o simples transeúntes, y se tomó como rehenes a doscientos ciudadanos. Fue el inicio de una trágica historia que concluyó con la desbandada y la derrota de los partisanos, con la horca de los milicianos tomados por ellos como rehenes y con el asesinato como represalia, por parte de los alemanes y sus aliados franceses, de setenta hebreos, fusilados y arrojados a pozos de la cercana campiña.

Todorov asume como metro de juicio histórico el punto de vista de la responsabilidad individual. A nivel ético distingue, siguiendo un articulado análisis, las responsabilidades de los diversos protagonistas: tampoco los partisanos salen indemnes de su juicio. Según Todorov, en diversa medida, también las acciones insensatas de los partisanos, y su comportamiento a menudo desdeñoso del valor de la vida humana son la causa de la tragedia. Tampoco los partisanos pueden alegar la alta finalidad de su acción (la liberación de Francia, la dignidad de la patria): aunque reconoce que su programa político era más aceptable que el de los milicianos o el de los alemanes, Todorov replica que “las acciones que se sitúan en la esfera pública, como es la ocupación de una ciudad, no se pueden juzgar exclusivamente en relación con las intenciones que las han motivado. La vida política depende, como se dice, no de la ética de la convicción sino de la ética de la responsabilidad”.²¹

Para Todorow los únicos héroes positivos del suceso parecen ser aquellos ciudadanos que, sin ser sostenedores de un programa político, se mantuvieron al margen de la participación activa en la guerra civil en curso y pusieron en peligro la propia vida para intentar conjurar la tragedia, actuando de intermediarios entre los dos grupos en oposición. Ellos representan "héroes antiheroicos", portadores de "una moral del riesgo" que Todorov opone a la "moral del sacrificio", cuyos intérpretes son, en cambio, los partisanos que consideran la muerte de los individuos (y contemplan, entre otras cosas, también la posibilidad de su muerte) como algo necesario para la realización de su programa político.

En resumen, estudiar de cerca una masacre supone algo sobrecogedor: no sólo que la gente muere por lo que es y no por lo que hace, sino que además se está obligado a reflexionar sobre los límites de las acciones humanas, sobre las circunstancias que hacen que la violencia parezca, en dichas situaciones, normal, plausible, inevitable. Es precisamente esta dimensión inevitable de las "circunstancias", esta "cotidianidad" de la violencia en la que me he detenido antes, la que hace tan difícil la cuestión fundamental: ¿a qué nivel, en la larga serie de acontecimientos y de circunstancias que provoca una masacre, se puede individuar con nitidez la responsabilidad individual? ¿A qué nivel la podemos ver surgir claramente, para sostener nuestro juicio, moral, político y por último histórico?

La responsabilidad del historiador hoy en día

El principio de responsabilidad no es simplemente un instrumento que hay que aplicar en la investigación, uno de los muchos que componen la "caja de herramientas" del historiador: este principio se aplica también a este último, que lo utiliza para examinar las acciones ajenas. Charles Maier escribe que hacer justicia por medio de la operación historiográfica no es fácil: "exigimos plausibilidad, contextualización, sentido

común, capacidad de juicio y sabiduría, sobre todo porque confiamos al juez y al historiador una tarea imposible [...], decidir con qué espacio podía contar un individuo para elegir entre distintas alternativas, que es la condición para poder atribuir responsabilidad".²²

En el caso de quien escribe, una vez que decidí explorar la posibilidad de cumplir con un encargo similar, se trataba de esquivar los riesgos, como el de estar más dispuesto a entender las narraciones de los partisanos respecto a la de los parientes de las víctimas, no sólo porque instintivamente me siento más inclinado a escuchar con "simpatía" las razones de los primeros, sino también porque éstas se articulaban siguiendo un orden del discurso, el político-ideológico o del compromiso antifascista, que me era mucho más familiar respecto al de las víctimas, que por el contrario se refería principalmente a la esfera de los sentimientos privados y del luto elaborado como experiencia individual, y no como celebración cívica y rito colectivo.

Por otro lado me di cuenta, al avanzar la investigación, que mi relación con la comunidad de Guardistallo era más compleja de lo que había advertido al principio: de hecho percibí que en el historiador se buscaba no sólo, como pensé después del primer encuentro, "al experto de la verdad", sino también al analista, es decir la persona que pudiera llevar a la práctica mecanismos de transfert, al asumir él mismo la angustia de todo lo que había sucedido y al conseguir alejarla definitivamente por medio de su transformación en un discurso coherente en relación a las representaciones que los habitantes de Guardistallo ya habían consolidado sobre aquel episodio.

Se planteaba, por decirlo con otras palabras, una contradicción entre el historiador, cuyo "Dios demora decididamente en los detalles", y la comunidad que lo había buscado, cuyo interés era en cambio "transformar la historia en memoria",²³ decidida por tanto a impedir que los "detalles" sacados a la luz por mi investigación se opusieran a aquella narración dotada de sentido que esa misma comunidad ya había elaborado autónomamente, y que con mi apoyo de "experto" se quería transformar simplemente en la única

reconocida legítimamente para presentar como verdadera. Se me pedía, por lo tanto, que prestara atención a la memoria negada de las víctimas no para sostenerla, sino para sustituir a la de los partisanos y de los antifascistas – sin lugar a dudas más estructurada, entre otras cosas porque había podido contar en todos aquellos años con un discurso público que la sustentaba –. Se me pedía que enterrara, no que complicara, la memoria oficial de la Resistencia y se me había convocado para que, de algún modo, no la verificara, sino que la demoliera.

No me corresponde a mí establecer en qué medida conseguí prestar oído a las memorias contrapuestas que aún hoy se enfrentan sobre la masacre de Guardistallo, y hasta qué punto logré evitar los riesgos de una visión simplemente “invertida” de aquellos sucesos: lo que puedo decir es que mi investigación fue cocienzuda, dirigida, más que a combatir una batalla contra o a favor de una u otra interpretación, a narrar aquel suceso, introduciendo dimensiones inadvertidas por los protagonistas, e individuando las relaciones y los vínculos que se crean entre los tres actores que siempre están presentes en la escena de una masacre por represalia: los verdugos, las víctimas, y también los partisanos. Lo que puedo asegurar es que, en esta experiencia, que nace del encuentro entre la demanda social de historia y el trabajo de historiador, me esforcé. Los historiadores, hoy en día, no tendrían que aspirar a crear identidades nuevas, sino a favorecer el conocimiento de la pluralidad de

las identidades, sin sentirse obligados a privilegiar ninguna de ellas. “La naturaleza de la identidad” no es “la de un único hilo, sino más bien la de una cuerda trenzada lenta y pacientemente, que se deshace también a través de fases de largo y sangriento conflicto”, escribe Remo Bodei, y subraya que esa “cuerda se refuerza cada vez más, cuanto más visibles sean los hilos que la componen”, y será más débil en cambio “cuanto más se reducen o se interrumpen las conexiones con el exterior”.²⁴

Es necesario profundizar, con un enfoque no provinciano, las diversas dimensiones del pasado y devanar los millones de hilos de la identidad, el inconsciente y la racionalidad, las ideologías y las pasiones, el Estado y la “vida cotidiana”, el *gender* y la economía, como dimensiones contextuales, evitando la reproposición de una visión unilineal del proceso histórico y una concepción de la historia como transmisión de un conjunto coherente y compacto de valores y de visiones del mundo. Recuperar en suma la complejidad y la diferencia como valores, más que como límites de identidad que no toleran intrusiones de elementos extraños. En dicho sentido las memorias divididas pueden constituir una riqueza, si no se pretende destruir las razones del adversario y no se quiere minar las bases de una convivencia regulada por los principios de la tolerancia y del respeto recíproco.

Referencias

- ¹ Paolo Pezzino, *Anatomia di un massacro. Controversia sopra una strage tedesca*, Bologna, Il Mulino, 1997
- ² Claudio Pavone, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Torino, Bollati Boringhieri, 1991
- ³ Primo Levi, *I sommersi e i salvati*, Torino, Einaudi, 1986.
- ⁴ Remo Bodei, *L'altro sangue d'Europa*, "il Mulino", 1993, n. 345, ora in *Libro della memoria e della speranza*, Bologna, Il Mulino, 1995, págs. 49-50
- ⁵ Jacques Sémelin, *Senz'armi di fronte a Hitler*, Torino, edizioni Sonda, 1993 [1989], pág. 15.
- ⁶ Friedrich Nietzsche, *Sull'utilità e il danno della storia per la vita*, 1874, in *Considerazioni inattuali II*.
- ⁷ Yosef Hayim Yerushalmi, *Riflessioni sull'oblio*, in Aa.Vv., *Usi dell'oblio*, Parma, Pratiche editrici, 1990, pág. 19.
- ⁸ Remo Bodei, *Addio del passato: memoria storica, oblio e identità collettiva*, in "il Mulino", 1992, N° 340, ora in *Libro della memoria cit.*, pág. 38
- ⁹ Yosef Hayim Yerushalmi, *Riflessioni sull'oblio cit.*, p. 23.
- ¹⁰ Carlo Ginzburg, *Il giudice e lo storico. Considerazioni in margine al processo Sofri*, Torino, Einaudi, 1991, pp. 106-108
- ¹¹ Carlo Ginzburg, *Prove e possibilità. Postfazione a Natalie Zemon Davis, Il ritorno di Martin Guerre. Un caso di doppia identità nella Francia del Cinquecento*, Torino, Einaudi, 1984, pp. 133 e 135.
- ¹² Simon Schama, *Le molte morti del generale Wolfe. Due casi di ambiguità storica*, Milano, Mondadori, 1992, p. 258.
- ¹³ *Ivi*, pag. 260.
- ¹⁴ Tzvetan Todorov, *Le morali della storia*, Torino, Einaudi, 1995 [1991], p. 17.
- ¹⁵ Claudio Pavone, *Note sulla Resistenza armata, le rappresaglie naziste e alcune attuali confusioni*, in Aa. Vv., *Priebke e il massacro delle Ardeatine*, Roma, l'Unità/IRSIFAR, 1996, pp. 39-40.
- ¹⁶ Tzvetan Todorov, *Le morali cit.*, p. 17.
- ¹⁷ Christopher R. Browning, *Uomini comuni. Polizia tedesca e "soluzione finale" in Polonia*, Torino, Einaudi, 1995, p. 198.
- ¹⁸ Claudio Pavone, *Note cit.*, p. 43.
- ¹⁹ Olivier Mongin, introduzione al numero (n. 206, novembre 1994, p. 5.
- ²⁰ Maurice Merleau-Ponty, *Umanismo e terrore*, Milano, SUGARCo, 1978 [1947], pp. 74-75.
- ²¹ Tzvetan Todorov, *Una tragedia vissuta. Scene di guerra civile*, Milano, Garzanti, 1995 (1994), p. 143.